

Francia á Inglaterra, y puse en libertad al asesino de la patria. Soy culpado, y aunque hablando de este modo podría creerse que hablo contra mí, están en un error los que eso crean. Hablo en mi favor; cuando el culpado reconoce su culpa, salva lo único que merece salvarse; el honor.

—¿Eso es todo lo que teneis que alegar en vuestra defensa? volvió á preguntar Cimourdain.

—Añado que siendo jefe debia dar ejemplo, y vosotros debeis tambien darlo como jueces.

—Qué ejemplo pretendéis que demos?

—El de condenarme á muerte.

—Encontraríais justa esa sentencia?

—Justa y necesaria.

—Sentaos.

El furriel, que desempeñaba el papel de auditor, se levantó y leyó, primero el bando, que ponía fuera de la ley á Lantenac, y despues el decreto de la Convencion, que condenaba á pena capital á todo el que favoreciera la evasión de un prisionero rebelde. Este decreto contenía al pié varias líneas impresas prohibiendo prestar ayuda y socorro á los rebeldes bajo pena de muerte, y las firmaba: "*El comandante en jefe de la columna expedicionaria, GAUVAIN.*"

Despues de leer lo que antecede, el auditor se sentó.

Cimourdain cruzó los brazos y dijo:

—Acusado, prestad atencion. Concurreréis, oid, mirad y callad.—A vuestra vista está la ley. Se vá á proceder á la votacion. Cada uno de los vocales dará su voto en alta voz, en presencia del acusado, pues la justicia nada debe ocultar.

Cimourdain añadió:

—Tiene la palabra el primer vocal, el capitán Guechamp.

Este parecia no ver ni á Cimourdain ni á Gauvain. Sus párpados, casi cerrados, ocultaban sus ojos inmóviles y fijos en el cartel del decreto, que contemplaba como el que contempla un abismo.

Invitado á dar su voto, dijo:

—La ley es terminante. El juez es más y es menos que el hombre; es menos porque no tiene corazón y es más porque blande la espada de la justicia. En el año 414 de la fundación de Roma, Manlio mandó matar á su hijo por el crimen de haber vencido sin orden suya: la violación de la disciplina exigía esta expiación. Aquí ha sido violada la ley, y la ley está más alta que la disciplina. A consecuencia de un exceso de compasión,

la patria vuelve á estar en peligro. La compasión puede llegar á adquirir las proporciones del delito. El comandante Gauvain proporcionó la fuga al rebelde Lantenac, el comandante Gauvain es culpado. Voto, pues, por su muerte.

Gauvain levantó la voz y le dijo:

—Capitán Guechamp, habeis votado lo justo y os doy las gracias.

Cimourdain continuó:

—Tiene la palabra el segundo vocal; hablad, sargento Radoub.

Radoub se levantó, se volvió hácia Gauvain y le hizo el saludo militar. Despues habló del modo siguiente:

—Si juzgais de ese modo podeis guillotinarle, porque declaro en nombre de Dios y bajo mi palabra de honor que quisiera haber hecho primero lo que hizo el viejo y despues lo que hizo mi comandante. Cuando vi á aquel individuo de más de ochenta años arrojar al fuego para sacar de él á tres muñecos, dije para mí:—"Buen hombre, eres un valiente," y al saber que es mi comandante el que ha salvado á ese viejo de la bestial guillotina, digo:—"Mi comandante, yo os concederia la cruz de San Luis y debierais ser general, porque sois todo un hombre." ¿Somos tan imbéciles que para cortarle despues la cabeza nos hayamos tomado el trabajo de ganar la batalla de Valmy, la de Fleurus y la de Wattignies? El comandante Gauvain acosa por todas partes á esos borricos realistas, salva la República á sablazos y á tambor batiente gana la acción de Dol, lo que era dificilísimo, y cuando teneis un hombre como éste, ¿quereis deshaceros de él? ¿En vez de nombrarle general, quereis segarle el cuello!... Cosas semejantes son capaces de hacer que uno se tire al Sena desde el Puente Nuevo. Declaro que á vos mismo, ciudadano Gauvain, si en vez de ser mi jefe fuérais el cabo de mi compañía, os diria que habeis dicho una porción de tonterías. El viejo hizo bien en salvar á los niños y vos habeis hecho perfectamente en salvar al viejo, y si guillotinamos á las gentes porque hagan buenas acciones, entonces es cuestión de apagar la luz y de echar á correr. ¿A dónde vamos á parar obrando de esa manera? ¿Pero esto es sueño ó realidad? Me pellizco hace media hora para saber si estoy despierto, porque no comprendo lo que sucede... ¿Queríais acaso que el viejo dejase que se quemasen vivos los chiquitines, ó que mi comandante dejara que le cortaran el cuello al viejo por haberlos salvado? En

ese caso guillotinarle á mí, que yo tambien hubiera obrado lo mismo. Supongamos que los niños hubieran muerto abrasados; entonces el batallón del Goro Rojo quedaba deshonrado. ¿Era eso lo que se queria? Entonces comámonos los unos á los otros. Entiendo tanto de política como cualquiera de vosotros; he pertenecido al club de las Picas y veo que acabaremos por embrutecernos. En resumen; no me gustan las cosas que tienen el inconveniente de poner al hombre en situación de no saber dónde está ni lo que hace. ¿Por qué diablos peleamos? ¿Por qué quereis matar á nuestro jefe? Pues yo adoro á mi comandante y le necesito, y hoy le quiero más que ayer todavía. Me haceis reír al pretender guillotinarle. Los demás no lo consentiremos, eso no es posible.

Dicho esto se sentó Radoub, cuya herida se habia abierto y un chorro de sangre, que salía por la venda, le corria á lo largo del cuello desde el sitio donde estuvo la oreja.

Cimourdain, volviéndose hácia el sargento, le preguntó:

—¿Votais por la absolución del acusado?

—Voto, contestó Radoub, por que se le nombre general.

—Os pregunto si votais por su absolución.

—Voto por que le eleven al sitio más alto de la República.

—Sargento Radoub, ¿votais por la absolución del comandante Gauvain, sí ó no?

—Voto por que me corten la cabeza por él.

—Por la absolución, escribano, le dijo Cimourdain.

El escribano anotó: "Sargento Radoub, absolución." Despues dijo:

—Un voto en favor de la pena capital y otro en favor de la absolución.

Le tocó el turno de votar á Cimourdain. Levantóse, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa, y su lividez era cadavérica.

Profundo silencio reinó en la sala.

Cimourdain dijo con voz grave, lenta y firme:

—Acusado Gauvain, despues de examinar vuestro proceso, en nombre de la República, el Consejo de guerra, por mayoría de votos, por dos votos contra uno...

Al llegar aquí se detuvo un instante. Todos esperaban el resultado de lo que iba á decir con la mayor ansiedad. Al

cabo de un momento terminó, diciendo:

—...Os condena á la pena de muerte.

El semblante de Cimourdain al decir las anteriores palabras expresaba la tortura del triunfo siniestro. Cuando en las tinieblas Jacob hizo que lo bendijera el ángel á quien venció en la lucha, manifestó la sonrisa espantosa que apareció en los labios de Cimourdain. Pero fué un relámpago, y su faz quedó impassible como el mármol. Sentóse, se cubrió y añadió:

—Comandante Gauvain, se os ejecutará mañana al salir el sol.

Gauvain se levantó y dijo:

—Doy las gracias al tribunal.

—Llevaos al reo, dijo Cimourdain á los gendarmes.

Abrieron la puerta del calabozo, entró Gauvain y la puerta se cerró tras él. Los gendarmes, con los sables desenvainados, se quedaron haciendo centinela al sentenciado á muerte.

A Radoub le sacaron de la sala desmayado.

## IV.

Cimourdain juez y poder supremo.

Es un campamento como un enjambre de avispas, sobre todo en épocas de revolución. El aguijón cívico que reside en el soldado sale rápida y espontáneamente para picar al jefe con tanta resolución como tuvo para expulsar al enemigo.

Se oyeron varios zumbidos entre los valientes soldados que entraron al asalto en la Tourgne. El primero fué contra el comandante Gauvain cuando supieron la evasión de Lantenac. Cuando salió del calabozo el comandante en vez del marqués, se produjo en la tropa una conmoción eléctrica, é instantáneamente se supo la noticia en todo el campamento. Entonces estalló el primer murmullo en aquel ejército, que venia á decir: "Van á juzgar á Gauvain, pero ese juicio no será más que una farsa, porque no hay que fiarse de ex-nobles y de solideos. Acabamos de ver un vizconde que salva á un marqués, y ahora veremos á un cura que absuelve á un noble." Cuando se supo lo contrario, esto es, la condena de Gauvain, se promovió el segundo murmullo: "¡Vaya una atrocidad! ¡Quieren matar á nuestro jefe, que es un bravo; á nuestro valiente comandante, que es un héroe! Dicen que fué vizconde; pues por eso tiene más mé-

rito en él ser hoy republicano. ¡Y se atreven á condenar á muerte á un hombre que nos lleva de victoria en victoria y que terminará muy pronto la guerra de la Vendée! Y por qué? Por dejar fugarse á un anciano que se arriesgó á salvar á tres niños. ¡Un cura matar á un soldado!

Así murmuraba la tropa victoriosa y descontenta, envolviendo á Cimourdain en una atmósfera de indignacion sombría. Cuatro mil hombres contra uno parece que debian hacer gran fuerza, y en realidad no representaban ninguna. Aquellos cuatro mil hombres eran una multitud y Cimourdain era una voluntad; aquellos sabian que éste fruncia el ceño con facilidad, y solo esto necesitaba para que le respetase aquel ejército. En aquella época severa era suficiente ver detrás de un hombre la sombra del Comité de Salvacion pública, para que fuese temible aquel hombre y para convertir la imprecacion en murmullo y el murmullo en silencio. Antes y despues de las murmuraciones, Cimourdain era el árbitro del destino de Gauvain, como del de todos los del campamento. Sabian que era inútil pedirle humanidad, porque él solo obedecía á la voz de su conciencia, voz sobrehumana que él solo era capaz de poder oír. Todo dependía de él: podia anular su fallo de juez con sus poderes de delegado civil; solo él podia indultar; un solo signo suyo bastaría para poner en libertad á Gauvain; era el dueño de su vida y de su muerte, era el amo de la guillotina; en aquel momento trágico representaba el poder supremo.

## V.

## El calabozo.

La sala de justicia volvió á ser cuerpo de guardia, que, como la víspera, ésta era doble: los dos gendarmes custodiaban la puerta del calabozo.

A las doce de la noche un hombre, con un farol en la mano, atravesó el cuerpo de guardia, se dió á conocer y mandó abrir la prision. Era Cimourdain.

Entró, dejando la puerta entreabierta. Cimourdain dió algunos pasos en la oscuridad de aquel encierro, dejó el farol en tierra y se paró. Al oír en la oscuridad la respiracion igual de un hombre dormido, se puso el ex-cura á escuchar.

Gauvain estaba acostado en el fondo

del calabozo sobre un monton de paja y dormía profundamente.

Cimourdain se acercó hasta él haciendo el menor ruido posible y se quedó contemplándole. Una madre que velase el sueño de su hijo de pechos, no dirige á éste mirada más tierna ni más inexpressable.

Sin querer quizás Cimourdain se le escapaba esta mirada. Cimourdain, como los niños en ciertos casos, se restregó los ojos con los puños, permaneciendo inmóvil un momento; despues se arrodilló, levantó con suavidad la mano de Gauvain y apoyó en ella los labios.

Gauvain hizo un movimiento. Abrió los ojos con el vago asombro del que se despierta de repente.

A la luz del farol, que alumbraba débilmente la cueva, reconoció á Cimourdain.

—Calla! dijo, sois vos! y añadió: Soñaba que la muerte me besaba la mano.

Cimourdain sintió la sacudida brusca que produce en la mente la invasion de un torrente de pensamientos, torrente tan crecido é impetuoso que á veces amaga anegar el alma. Pero quedó, sin embargo, en el profundo abismo del corazón de Cimourdain, que solo pudo decir:

—Gauvain!

Ambos se miraron atentamente, Cimourdain con los ojos llenos de esas llamas que secan las lágrimas y Gauvain con su más suave sonrisa. Este se incorporó, apoyándose sobre el codo, y dijo:

—La cicatriz que conservais en el rostro la abrió el sablazo que por mí recibisteis. Ayer tambien quisisteis asistir al combate á mi lado y por mí. Si la Providencia no os hubiera colocado al lado de mi cuna, dónde estaria yo hoy? En las tinieblas, porque si tengo nocion del deber, es porque vos me la habeis enseñado. Nací atado, porque las preocupaciones son ligaduras; me las desatásteis, proporcionando verme libre de ellas; de una momia hicisteis un adolescente, desarrollando en él la conciencia. Sin vos hubiera crecido siendo siempre pequeño; existo, pues, por vos. Era un señor y me convertisteis en ciudadano; en el ciudadano infundisteis una alma, dándome aptitud como hombre para la vida del mundo y como alma para la vida del cielo. Me disteis para caminar por los senderos de la realidad humana la clave de la verdad, y para ir más allá la clave de la luz. Os doy las gracias por haberme creado.

Cimourdain se sentó sobre la paja al lado de Gauvain y le dijo:

—Vengo á cenar contigo.

Gauvain partió el pan moreno y se lo presentó. Cimourdain tomó un pedazo. Despues le ofreció el cántaro del agua.

—Bebe tú primero, dijo Cimourdain.

Gauvain bebió y pasó el cántaro á su maestro, que bebió tambien.

En aquella cena el comandante comia y bebia muy poco y el ex-cura bebia mucho y apenas probó el pan, lo que denotaba la tranquilidad del uno y la fiebre del otro.

Terrible serenidad reinaba en el calabozo. Aquellos dos hombres comenzaron un diálogo.

Gauvain decia:

—Veo insinuarse grandes sucesos. Es misterioso lo que hace la Revolucion en estos momentos; detrás de su obra visible hay otra invisible, la primera tapa á la segunda. La obra visible es feroz, la obra invisible sublime. En este instante la distingo con claridad y me parece hermosa. Como fué necesario aprovechar los materiales de lo pasado, ha tenido que venir el extraordinario año 93, en el que, con el andamio de la barbarie, se construye el templo de la civilizacion.

—Sí, respondió Cimourdain. De lo provisional saldrá lo definitivo; lo definitivo, esto es, el paralelismo del derecho y del deber, el impuesto proporcional y progresivo, el servicio militar obligatorio, la nivelacion sin desviaciones, y por encima de todos y de todo esa línea recta que se llama la ley; la República de lo absoluto.

—Yo prefiero, replicó Gauvain, la República de lo ideal.

Se interrumpió un momento y despues continuó:

—Entre lo que acabais de decir, ¿dónde colocais la adhesion, el sacrificio, la abnegacion, el entrelazamiento de los afectos benévolos, el amor? Debe establecerse en todo el equilibrio, pero es mejor establecer en todo la armonía. Encima de la balanza debe ponerse la lira... Vuestra República mide, dosifica y regula al hombre; la mia lo levanta hasta el firmamento; separa á una de otra la diferencia que media entre un teorema y un águila.

—Es porque tú te pierdes en las nubes.

—Y vos en el cálculo.

—Hay algo de soñado en la armonía.

—Tambien lo hay en el álgebra.

TOMO III.

—Quisiera que el hombre fuese como lo deseaba Euclides.

—Yo lo prefiero como lo imaginaba Homero.

La sonrisa severa de Cimourdain se fijó en Gauvain, como para detener el vuelo de su alma.

—Eso es pura poesia: desconfia de los poetas.

—Conozco esa frase; desconfia de la brisa, del rayo de luz, de los perfumes de las flores, de las constelaciones.

—Nada de eso dá de comer.

—Qué sabeis de eso? La idea es tambien un alimento: pensar es comer.

—Dejémonos de abstracciones. La fórmula de la República es: dos y dos cuatro. En cuanto doy á cada uno lo que le corresponde...

—Os falta dar lo que no le corresponde.

—Qué quereis decir?... ¿Qué significa eso?

—La inmensa concesion recíproca que cada uno debe á todos y que todos deben á cada uno, que es en lo que estriba la vida social.

—Fuera del derecho estricto nada debe haber.

—Pues hay mucho.

—No veo más que la justicia.

—Pues yo miro más arriba de ella.

—Qué hay sobre la justicia?

—La equidad.

—Precisa tu pensamiento.

—Lo precisaré. Quereis el servicio militar obligatorio; pero contra quién? contra los demás hombres. Pues bien; yo deseo que no haya servicio militar, yo quiero la paz. Quereis socorrer á los miserables; yo quiero suprimir la miseria. Quereis impuesto proporcional; yo quiero que no haya impuesto, que se reduzcan los gastos comunes á su más simple expresion y que se paguen con el aumento de la produccion social.

—Qué entiendes por eso?

—Voy á explicároslo: desde luego suprimiria toda clase de parásitos, el sacerdote, el juez y el soldado. En seguida sacaria partido de nuestra riqueza: en vez de echar los abonos á los albañales los echaria en los surcos; las tres cuartas partes de nuestro territorio son eriales, las haria productivas; suprimiria las dehesas de pasto inútiles y repartiria las tierras del comun; que cada hombre tenga un pedazo de tierra y que cada pedazo de tierra tenga un hombre, y vereis centuplicarse el producto social. Utilizad la naturaleza, que es una in-

mensa fuerza auxiliar que se ha despreciado hasta ahora; haced trabajar para todos á las ráfagas del viento, á los saltos de agua y á todos los efluvios magnéticos. El globo encierra una red subterránea y venosa y hay en ella circulación prodigiosa de agua, de aceite, de fuego; picad la vena del globo y haced brotar esa agua para vuestras fuentes, ese aceite para vuestras lámparas y ese fuego para vuestros hogares. Reflexionad en el movimiento de las olas, en el flujo y reflujo, en el vaiven de las mareas; pues el Océano es una enorme fuerza perdida y la tierra es estúpida, porque no sabe sacar partido del Océano.

—Estás ya en plena ilusión.

—Esto es, en plena realidad. ¿Y qué haceis de la mujer? preguntó repentinamente Gauvain á Cimourdain.

—Lo que es. La servidora del hombre.

—Sí, pero con una condicion.

—Cuál?

—Con la condicion de que el hombre sea tambien el servidor de la mujer.

—Eso crees? exclamó Gauvain. El hombre no debe servir jamás. El hombre es el señor, y no admito más señorío que el del hogar. El hombre en su casa es rey.

—Sí, pero con una condicion.

—Cuál?

—Con la condicion de que la mujer sea reina.

—Es decir, que quieres para el hombre y para la mujer...

—La igualdad.

—La igualdad? Estás extraviado. Son diferentes los dos seres.

—Digo que quiero entre ellos la igualdad, pero no la identidad.

Hubo otra pausa, una especie de tregua entre aquellos dos espíritus, que cambiaban mutuamente rayos de luz. Cimourdain la rompió, preguntando:

—Y el hijo, á quién se lo das?

—Primero al padre que lo engendra, despues á la madre que lo cria, luego al preceptor que lo educa, despues á la ciudad que lo viriliza, luego á la patria, que es su madre suprema, y últimamente á la humanidad, que es su abuela.

—No hablas de Dios.

—Cada uno de esos grados, padre, madre, preceptor, ciudad, patria y humanidad, es un escalon de la escalera que sube hasta Dios.

Cimourdain callaba; Gauvain prosiguió:

—Cuando se consigue subir á lo alto

de la escalera se llega hasta Dios. Dios se abre ante nosotros y entramos en él.

Cimourdain hizo el gesto del hombre que trata de despertar á otro, y dijo:

—Gauvain, baja á la tierra; debemos tratar de realizar solo lo posible.

—Comenzad por no hacer lo imposible.

—Lo posible se realiza siempre.

—No siempre. Si se manosea con fuerza, la utopia lo mata.

—Es preciso, sin embargo, apoderarse de la utopia, imponerla el yugo de lo real y encerrarla en el cuadro de los hechos. La idea abstracta debe transformarse en idea concreta, y así lo que pierde en hermosura lo gana en utilidad; es menor, pero es mejor. El derecho debe encarnarse en la ley; cuando el derecho se convierte en ley, es absoluto.

—Lo posible es algo más que eso.

—Ya vuelves á soñar.

—Lo posible es un pájaro misterioso que se cierne continuamente por encima del hombre.

—Es preciso, pues, cogerle.

—Sí, pero vivo.

Gauvain continuó:

—Mi pensamiento puede condensarse en estas dos palabras: Siempre adelante! Si Dios hubiera querido que el hombre retrocediese, le hubiera puesto un ojo en la nuca. Miramos siempre hácia el Oriente, hácia lo que se abre, hácia lo que nace. El que cae estimula al que sube: cada siglo tiene su mision, hoy cívica, mañana humana; hoy agitando la cuestion del derecho, mañana la del salario, aunque salario y derecho en el fondo son una misma cosa. El hombre vive para que le paguen; Dios, al dar la vida, contrae una deuda; el derecho es el salario innato, y el salario es el derecho adquirido.

Gauvain hablaba con el acento concentrado del profeta. Cimourdain le escuchaba. Los papeles estaban invertidos; á la sazón el discípulo parecia el maestro.

—Qué de prisa vas! exclamó Cimourdain.

—Es porque tengo poco tiempo que perder, contestó Gauvain sonriéndose.

Despues añadió:

—Entre nuestras dos utopias hay la diferencia de que vos quereis el cuartel obligatorio y yo quiero convertirlo en escuela; quereis que el hombre sea soldado y yo quiero que sea ciudadano; le quereis terrible, yo reflexivo; fundais la República en la espada y yo la fundo...

Se paró y luego dijo:

—Yo fundaria una República de inteligencia.

—Y hasta que llegue?

—Lo que existe.

—Absuelves el momento actual?

—Sí.

—Por qué?

—Porque es una tempestad y la tempestad tiene su razon de ser. Si el rayo destruye alguna encina, en cambio sanifica muchos bosques. La civilizacion sufre una peste y la libra de ella el viento de la tempestad. Quizás no escoge bien las víctimas, porque está encargado de barrer muchísimo; pero viendo los estragos que causan los miasmas, comprendo el furor del huracán: por lo demás, nada importa la tempestad si soy dueño de la brújula, ni los acontecimientos si tengo limpia la conciencia.

Despues, bajando la voz, añadió con cierta solemnidad:

—Hay alguno á quien es preciso dejarle hacer.

—A quién?

Gauvain levantó el dedo índice sobre la cabeza. Cimourdain siguió con la vista la direccion del dedo levantado, y al través de la bóveda del calabozo le pareció ver el cielo tachonado de estrellas.

Volvió á reinar otro momento de silencio.

Cimourdain repuso:

—Que la sociedad sea superior á la naturaleza, te lo repito, es un sueño, no es posible.

—Ese debe ser el objetivo de la sociedad: si ésta no lo tuviese, ¿qué seria de ella? Permaneciendo en el estado de naturaleza seriamos salvajes, y Otaiti seria un paraíso, pero un paraíso en el que no se piensa, y más vale un infierno inteligente que un paraíso bestial. Pero no hay para nosotros semejante alternativa: somos la sociedad humana, que es superior á la naturaleza; si no la mejoramos, para qué salimos de ella? Para eso nos debia satisfacer el trabajo, como á la hormiga, ó la miel, como á la abeja, y permanecer siendo animales trabajadores y no seres inteligentes. Si añadimos algo á la naturaleza, seremos necesariamente más grandes que ella, porque añadir es aumentar, y aumentar es engrandecerse.

La sociedad es la naturaleza sublimada. Quiero conseguir aquello de que carecen los hormigueros y las colmenas; esto es, monumentos, artes, poesia, héroes y géneos. Vivir arrastrando cargas continuamente no es la ley del hombre: basta ya de párias, de esclavos y de forzados.

Quiero que cada uno de los atributos del hombre sea un signo de civilizacion y un signo de progreso; quiero la libertad ante el espíritu, la igualdad ante el corazón y la fraternidad ante el alma. Basta de yugos: el hombre fué creado, no para arrastrar cadenas, sino para desplegar las alas. No quiero que existan hombres-reptiles, quiero la transfiguracion de la larva en lepidóptero y la transfiguracion del gusano en flor viva que remonte el vuelo. Quiero...

De pronto Gauvain dejó de hablar y su mirada se animó con desusado brillo; sus labios aun se movian, pero no articulaban ninguna palabra.

La puerta del calabozo quedó entreabierta y por ella penetraban rumores exteriores. Oíase el vago sonido de clarines y cornetas que tocaban diana; ruido de culatas de fusiles que chocaban contra el suelo, anunciando el relevo de los centinelas; y por último, cerca de la torre, movimiento de tablas y de maderos, heridos por los golpes sordos é intermitentes del martillo.

Cimourdain los oía palideciendo. Gauvain no oía nada; su meditacion era cada vez más profunda. Parecia que no respiraba, tan atento estaba á lo que veía por debajo de la bóveda visionaria de su cerebro. Se estremecía suavemente y se aumentaba en sus pupilas por grados la claridad de la aurora que brillaba en ellas.

Así transcurrió un rato. Cimourdain le preguntó:

—En qué piensas?

—En el porvenir, contestó Gauvain.

Volvió despues á absorberse en su meditacion. Cimourdain se levantó del lecho de paja donde los dos estaban sentados y Gauvain no lo advirtió.

Cimourdain, fijando cariñosamente la vista en el jóven pensativo, retrocedió con lentitud hasta la puerta de la prision y salió de allí.

El calabozo volvió á quedar cerrado.

## VI.

Entre tanto el sol sale.

No tardó en amanecer.

Al mismo tiempo que se iluminó el horizonte, un objeto extraño, inmóvil, sorprendente y desconocido para los pájaros de aquel clima, apareció en la meseta de la Tourgne, por encima del bosque de Fougères.

Lo colocaron allí durante la noche. De

lejos, sobre el horizonte, formaba una silueta de líneas rectas y duras, que ofrecían el aspecto de una letra hebraica ó de uno de esos jeroglíficos de Egipto, que formaban parte del alfabeto del antiguo enigma.

La idea que despertaba dicho objeto á primera vista era la de su inutilidad. Estaba colocado entre los brezos en flor y se adivinaba para qué podría servir. Contemplándolo más despacio daba caloríos. Era una especie de tablado, sostenido por cuatro postes. En uno de sus extremos se levantaban dos maderos altos y rectos, unidos en sus vértices por un travesaño, del cual pendía un triángulo, que parecía negro al destacarse sobre el azul del cielo de la mañana. Al otro extremo del tablado habia una escalera, y en la parte inferior, entre los dos maderos, se veía una especie de cepo, compuesto de dos secciones móviles, que ajustándose una á otra, ofrecían á la vista un agujero redondo de las dimensiones del cuello del hombre. La seccion superior corria por una ranura, de modo que podía alzarse ó bajarse. En aquellos instantes las dos medias lunas, que uniéndose formaban un collar, estaban separadas. Al pié de los dos maderos, que como pilares sostenían el triángulo, habia una tabla que podía girar sobre sus charnelas y tenia el aspecto de una báscula; al lado de esta tabla habia un cesto oblongo, y delante, entre los dos postes, otro cesto cuadrado. Todo aquel aparato estaba pintado de rojo y era de madera, menos el triángulo, que era de hierro. Su aspecto era formidable. Aquella construccion deforme era la guillotina.

Frente á ella y á algunos pasos de distancia, en el barranco, habia otro mónstruo, la Tourgne; mónstruo de piedra que formaba *pendant* con el de madera. Cuando el hombre toca la madera ó la piedra, éstas participan algo del hombre. Un edificio es un dogma, una máquina es una idea.

La Tourgne era la resultante fatal de lo pasado, que en Paris se llamaba la Bastilla, en Inglaterra la Torre de Lóndres, en Alemania el Spielberg, en España el Escorial, en Moscow el Kremlin y en Roma el castillo de Sant-Angelo.

En la Tourgne se condensaban quinientos años, la Edad Media, el vasallaje, la gleba, el feudalismo; en la guillotina se condensaba un año, el 93, y sus doce meses formaban el contrapeso

de los quince siglos. La Tourgne era la Monarquía: la guillotina era la Revolución.

Confrontacion trágica.

Por una parte la deuda, por otra el plazo cumplido. Por una parte la intrincada complicacion gótica del siervo, del señor, del esclavo, del dueño, de la plebe, de la nobleza, del código múltiple ramificado en usos y costumbres, del juez y del clérigo coligados, de las ligaduras innumerables del fisco, de las gabelas, de las capitaciones, de las manos muertas, de las prerogativas, de las preocupaciones del fanatismo, del privilegio real, de la bancarrota, del cetro, del trono, de la arbitrariedad, del derecho divino; y por la otra parte ese objeto tan sencillo: una cuchilla afilada. Por una parte el nudo y por la otra el hacha.

La Tourgne estuvo muchísimos años sola en aquel desierto. Allí permanecía con sus almenas, desde las que cayó sobre los sitiadores aceite hirviendo, pez inflamada y plomo derretido; allí estaba con sus calabozos del Olvido, empedrados de huesos humanos; con su sala de descuartizar, con la tragedia enorme á que sirvió de teatro durante largo tiempo. Su figura funesta dominaba aquella selva, á cuya sombra gozó quince siglos de tranquilidad feroz. Fué en el país el único poder, el único objeto de respeto y de espanto; fué la absoluta representante de la barbarie. De improviso veía levantarse frente á ella y contra ella un mónstruo no menos horrible, la guillotina.

A veces parece que la piedra tenga una especie de vista extraña. Las estatuas observan, las torres vigilan, las fachadas contemplan. La Tourgne parecia que examinaba la guillotina y que se preguntaba á sí misma:

—Qué es eso?

Un objeto que parecia haber salido de la tierra, y en efecto, de ella habia salido. De la tierra, regada con tanto sudor, con tantas lágrimas, con tanta sangre; de la tierra, en que se habian cavado muchas huesas y preparado muchas celadas; de la tierra, en la que se pudrieron toda clase de cadáveres, producidos por todos los géneros de la tiranía; de la tierra, superpuesta á muchos abismos, en los que se enterraron muchos crímenes como espantosas semillas; de tierra profunda salió en dia determinado esa desconocida, esa vengadora, esa feroz máquina porta-espada cuando el 93 dijo al mundo viejo:—Aquí estoy.

La guillotina tenia derecho de decir á la torre:

—Soy tu hija.

La Tourgne, ante esta terrible aparicion, parecia azorada, como si la tuviese miedo.

La monstruosa mole de granito era majestuosa é infame, pero aquel madero con su triángulo lo era más que ella. La omnipotencia destronada tenia horror á la omnipotencia nueva. La historia criminal contemplaba á la historia justiciera; la violencia de otros tiempos se comparaba con la violencia moderna. El Ayer temblaba ante el Hoy; la antigua ferocidad sufría la sensacion del espanto nuevo; lo que estaba ya hundido en la nada, abría sus ojos fúnebres ante lo que se llamaba el terror, y el fantasma contemplaba al espectro.

La naturaleza es implacable: no consiente en retirar sus flores, sus músicas, sus perfumes y sus rayos ante la abominacion humana: anonada al hombre con el contraste que ofrece la belleza divina al lado de la fealdad social: no le evita ni un ala de mariposa, ni un canto de pájaro, y el hombre tiene que sufrir en pleno homicidio, en plena venganza y en plena barbarie, la mirada que le dirigen las cosas sagradas, sin poder sustraerse al inmenso reproche de la bondad universal, ni á la implacable serenidad del azul del cielo. La deformidad de las leyes humanas tiene que exhibirse desnuda y alumbrada por el resplandor eterno. El hombre rompe, pulveriza, esteriliza y mata, y el estío continúa siendo estío, la azucena siendo azucena y el astro siendo astro.

Aquella mañana era una de las más hermosas del verano; pocas veces la naturaleza se presenta tan risueña. Tibia brisa jugueteaba entre los brezos, los vapores subian suavemente por las ramas, y la selva de Fougères, penetrada del hálito que exhalan los manantiales, humeaba á la luz del alba. El azul del firmamento, la blancura de las nubecillas, la clara transparencia de las aguas, el verdor de la yerba y del follaje, los grupos fraternales de los árboles, las sábanas de yerba, todo ostentaba la pureza que la naturaleza aconseja al hombre. En medio de esa pureza alardeaba el repugnante impudor humano, representado por la fortaleza y el patibulo, por la guerra y el suplicio, por las dos figuras, por la de la edad sanguinaria y por la del minuto sangriento, por el mur-

ciélagos del crepúsculo del porvenir. Ante la creacion florida, embalsamada, amante y fascinadora, el cielo espléndido, inundando con la luz de su aurora la Tourgne y la guillotina, parecia decir á los hombres: "Ved lo que yo hago y mirad lo que haceis vosotros."

Aquel espectáculo tenia espectadores.

Los cuatro mil hombres del pequeño ejército expedicionario estaban en la meseta formados en orden de batalla, rodeando la guillotina por tres lados, trazando á su alrededor la figura de una E. La batería colocada en el centro del lado mayor formaba la espiga de la E. La máquina roja estaba como encerrada en estos tres frentes de batalla; el cuarto lado, el lado abierto, era el mismo barranco y miraba hácia la Tourgne.

Los soldados formaban un cuadrilátero, en el centro del que estaba el patibulo. A medida que subía el sol, decrecia en la yerba la sombra que proyectaba la guillotina.

Los artilleros estaban junto á las piezas con las mechas encendidas.

Nubes de humo azulado subian lentamente del barranco; las producía el incendio del puente que acababa de extinguirse: el humo desvanecía, sin velar por completo, el contorno de la Tourgne, cuya plataforma dominaba todo el horizonte; entre la torre y la guillotina no habia más intermedio que el barranco; era posible hablarse desde la una á la otra.

Transportaron á dicha plataforma la mesa del tribunal y la silla, sobre la que tremolaban las banderas tricolores. El sol, que se elevaba por detrás de la Tourgne, hacia resaltar en negro la mole de la fortaleza. Habia en su parte más alta, sentado en la silla del tribunal y bajo las banderas, un hombre inmóvil y cruzado de brazos; era Cimourdain. Vestía, como el dia anterior, su traje de delegado civil; llevaba á la cabeza el sombrero con penacho tricolor, el sable al costado y las pistolas en el cinto.

Todos guardaban profundo silencio. Los soldados, descansando sobre las armas, tenían fija la vista en tierra; se tocaban algunas veces, pero callaban. Meditaban confusamente sobre aquella guerra en la que tantos triunfos, tantas batallas y tanta gloria, iban tan solo á conducirles á una gran vergüenza. Sombría expectativa angustiaba todos los corazones. Velase en el tablado de la guillotina al verdugo, que se movía de una parte á otra, mientras la luz clara del

dia llenaba majestuosamente el cielo.

De pronto se oyó el ruido destemplado de los tambores cubiertos de negro crespon; fué acercando el redoble fúnebre, abriéronse las filas; triste comitiva entró en el cuadro y se dirigió hacia el cadalso.

Primero iban los tambores enlutados, despues una compañía de granaderos con las armas á la funerala, luego un peloton de gendarmes con los sables desenvainados y por último el sentencedo.

Gauvain andaba con desembarazo; no iba ligado de piés ni de manos; vestía uniforme y llevaba ceñida la espada.

Detrás de él cerraba la marcha otro peloton de gendarmes.

La fisonomía de Gauvain expresaba aun la alegría pensativa que la iluminó en el momento en que dijo á Cimourdain: "Pienso en el porvenir." Era inefable y sublime su perenne sonrisa.

Al llegar á la meseta, dirigió la primera mirada á lo alto de la torre, desdñando mirar á la guillotina; comprendía que Cimourdain creeria que era su deber asistir á la ejecucion, le buscó con la vista en la plataforma y lo encontró.

Cimourdain estaba lívido y sombrío; los que tenia á su lado ni le oían respirar; cuando vió á Gauvain no observaron en él el más leve estremecimiento.

Gauvain llegó; avanzaba hácia el patíbulo; marchando miraba á Cimourdain y éste á aquel: cuando el comandante en jefe llegó al pié del cadalso, subió seguido del oficial que mandaba á los granaderos; se desciñó la espada y se la entregó á éste; despues se quitó la corbata y se la dió al verdugo.

Gauvain se asemejaba á una vision; jamás estuvo tan hermoso; flotaban á la merced del viento sus cabellos negros (no era entonces costumbre cortarlos); su blanco cuello recordaba el de la mujer, y su mirada, heróica y soberana, hacia pensar en la del arcángel. Estaba en el patíbulo pensativo. Aquel sitio, que es una cumbre, hacia aparecer á Gauvain de pié, magnífico y sereno. La brillante luz del sol le envolvía como en una aureola de gloria.

Era preciso atar al reo, y para esto se acercó el verdugo con una cuerda en la mano.

Cuando los soldados vieron á su co-

mandante próximo á ser colocado bajo la cuchilla, no pudieron ya contenerse; su corazon estalló con estrépito; se oyó en el campamento el inmenso sollozo de un ejército. Oyóse este clamor general: ¡Perdon! perdon!... Algunos soldados cayeron de rodillas, otros arrojaron los fusiles y levantaron los brazos hácia la plataforma, en la que estaba Cimourdain. Un granadero gritó, señalando á la guillotina: "Se admiten ahí sustitutos? Aquí estoy yo." La mayoría repetía frenéticamente: Perdon! perdon! Si los leones hubieran oido aquel grito unánime, se hubieran conmovido ó espantado, porque son terribles las lágrimas de los soldados.

El verdugo se detuvo no sabiendo qué hacer.

Entonces una voz breve y profunda, que todos sin embargo oyeron, tan siniestra era, gritó desde lo alto de la torre:

—Cúmplase la ley!

En el acento inexorable de aquel grito conocieron la voz de Cimourdain. El ejército se estremeció.

El verdugo no vaciló ya y se acercó con la cuerda.

—Esperad, le dijo Gauvain.

Volvióse hácia Cimourdain, le hizo con la mano derecha ademán de despedida y luego se dejó atar.

Cuando estuvo atado, le dijo al verdugo:

—Dispensadme; esperad un momento.

En seguida Gauvain gritó:

—Viva la República!

Echáronle sobre la báscula. Su cabeza, hermosa y altiva, quedó encajada en el infame collar; el verdugo le levantó suavemente el cabello y despues oprimió el resorte. El triángulo se desprendió, cayendo primero con lentitud, despues con rapidez, y se oyó un golpe repugnante...

A aquel golpe acompañó otro ruido. Al ruido del hacha respondió el del tiro de una pistola. Cimourdain habia cogido una de las que llevaba en el cinto, y en el instante en que la cabeza de Gauvain caía en el cesto, Cimourdain se atravesaba el corazon con una bala. Salió de su boca un torrente de sangre y cayó muerto.

Aquellas dos almas, hermanas trágicas, voláronse juntas, perdiéndose la sombra de la una en el fulgor de la otra.



¡ VIVA LA REPÚBLICA !